

## DISCURSO DE SU SANTIDAD EL PAPA JUAN PABLO II

Agradezco muchísimo las palabras que acaba usted de pronunciar acerca de la acción de la Santa Sede y de mis propios esfuerzos. Y he prestado mucha atención a todo lo que usted ha dicho de mi país natal, de El Salvador, de Oriente Medio, de la paz en general, porque son situaciones que interesan particularmente a los católicos, a quienes yo represento, situaciones que tengo muy presentes en mi oración.

Me es muy grato saludar, en la sede misma del Comité Internacional de la Cruz Roja, a los representantes calificados de una organización a la cual tanto debe la humanidad. Desde su fundación por Henry Dunant, hace poco más de un siglo, esta Institución, que germinó en el corazón de unos pocos ciudadanos suizos generosos, ha tenido en el mundo entero un eco del que conviene felicitarse.

Y en las personas de ustedes, el papa se complace en rendir, a su vez, un vibrante homenaje a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que, en la Cruz Roja, sólo han tenido la ambición de servir, por humanidad, a sus hermanos y hermanas que sufrían a causa de la inhumanidad de otros seres humanos, de conflictos absurdos, o de catástrofes naturales.

¿Quién no suscribirá, por lo demás, los principios fundamentales de la Cruz Roja, aprobados en su XX Conferencia, particularmente el empeño de « proteger la vida » y de « hacer respetar a la persona humana », sin ninguna discriminación, favorecer « la comprensión mutua, la amistad, la cooperación y una paz duradera entre todos los pueblos » ?

Sin duda, el mismo espíritu que animaba al fundador de la Cruz Roja y a sus primeros colaboradores me impide destacar demasiado prolongadamente las numerosas buenas acciones debidas a la iniciativa del Comité Internacional de la Cruz Roja, y pienso también, evidentemente, en la admirable obra de las Sociedades nacionales de la Cruz Roja, así como en su Federación o Liga Internacional. La Cruz Roja ha prestado esta ayuda, en medio de tantas guerras y calamidades, a las víctimas civiles y militares de conflictos armados, a los heridos o a los enfermos de todos los bandos, así como a los refugiados, a los prisioneros, a las familias dispersadas. Este espíritu es el de la abnegación,

que sabe encontrar su recompensa en la conciencia del servicio prestado, en la entrega que, a veces, no duda ante el sacrificio supremo, y frecuentemente se manifiesta en la realización de tareas oscuras, ¡pero tan necesarias!

Efectuando estas misiones de socorro, de asistencia y de alivio, dando el necesario impulso y apoyando las iniciativas locales, permaneciendo fiel al principio de neutralidad que catacterizó la intuición primera de los fundadores, proponiendo con respeto, pero con tenacidad, su intervención incluso en lo más duro de los conflictos, la Cruz Roja ha adquirido una autoridad moral en el mundo entero.

Así, la eficacia de su acción no se limita a la multiplicidad de los servicios prestados para aliviar todos los sufrimientos físicos y morales encontrados; pero la comprensión que los beligerantes y las autoridades públicas deben demostrar normalmente a esta Institución —respetando los Convenios— comporta, para ustedes, deberes morales que elevan todavía el nivel en que se ejerce su responsabilidad ante los Estados y las organizaciones internacionales. Sí, ustedes contribuyen a desarrollar el derecho internacional humanitario, cuyo campo de aplicación siempre tratan de ampliar.

Sobre este particular, en el ámbito de los derechos humanos, me permito insistir todavía sobre la tortura y los otros tratos inhumanos. Los Gobiernos Partes en los cuatro Convenios de Ginebra se han comprometido, por lo demás, a prohibir tales tratos y a autorizar que los delegados de la Cruz Roja visiten a los internados y se entrevisten sin testigos con los detenidos. Deseo que, en este punto también, sean aceptadas las misiones de ustedes en todos los países, para alejar esta plaga que vive la humanidad. Así, con sus medios específicos, ustedes contribuyen a instaurar el respeto de los derechos humanos fundamentales y de la dignidad humana, uniendo, por lo demás, sin distinción, a todos aquellos que, creyentes o no, tienden con todo ahínco hacia este ideal.

En este servicio al ser humano, los cristianos hacen fácilmente suyos los objetivos y la práctica de la Cruz Roja. Encuentran en su fe un estimulante y motivaciones suplementarias para ver, en el ser humano herido, degradado o en peligro, a un prójimo que ha de ser amado y socorrido, sea cual fuere su identidad; mucho más, ven en él la figura misma de Cristo que se identificó con el prisionero, con el enfermo, con el extranjero, con el hombre despojado de todo. Cuántas páginas del Evangelio adquieren aquí un sorprendente relieve, comenzando por la parábola del buen samaritano.

Y por lo que atañe a la tortura, el cristiano se enfrenta, desde su infancia, con la narración de la pasión de Cristo. El recuerdo de Jesús,

desnudado, golpeado, vejado hasta en sus sufrimientos de la agonía, debería siempre hacerle rehusar ver un trato análogo aplicado a uno de sus hermanos en humanidad. Espontáneamente, el discípulo de Cristo rechaza totalmente que se recurra a tales medios, que nada podría justificar y que envilecen la dignidad humana, tanto la de quien es golpeado como, por lo demás, la de su verdugo.

La Iglesia católica, por su parte, se encuentra a gusto con las organizaciones de ustedes, Durante las dos últimas guerras mundiales, por ejemplo, se realizó un trabajo concertado entre las iniciativas de la Cruz Roja y las de las organizaciones caritativas católicas. Prosiguió esta colaboración para asistir a la población hambrienta a causa de la guerra o víctima de las catástrofes naturales entre las diversas obras apoyadas por la Iglesia y el Comité Internacional de la Cruz Roja y las Sociedades de la Cruz Roja. Las relaciones son ya importantes sobre el terreno, y me alegra que la Santa Sede y el Comité Internacional de la Cruz Roja estén estudiando más amplias formas de colaboración por lo que respecta a las actividades en favor de la paz.

Por último, para llegar a los objetivos que se ha asignado, la Cruz Roja debe estar segura del respeto de los Convenios internacionales y de los Protocolos adicionales por los diversos Estados, así como por las autoridades a las que corresponde hacer aplicar las sabias disposiciones de éstos. Con ustedes, dirijo un apremiante llamamiento para que se observen, sincera y escrupulosamente, las normas humanitarias contenidas en estos Convenios e incluso para que, si es necesario, sean completadas por instrumentos internacionales contra los tratos inhumanos y la tortura en particular. Esas normas podrían proporcionar serias garantías para la salvaguarda física y psicológica de las víctimas, y el respeto que se les debe. Todo ser humano, en todas las partes, debería poder contar con tales garantías. Y es deber de cada Estado, preocupado por el bien de los ciudadanos, suscribirlas sin reserva, y esforzarse por que pasen a los actos.

Feliz de haber podido expresarles mi estima y mi aliento para que prosigan ustedes la obra emprendida, ruego a Dios, al Dios « rico en misericordia », que bendiga a todos los que, en los servicios de la Cruz Roja, a semejanza de la caridad cristiana, saben manifestar, a las personas en peligro, y suscitar para las mismas, un respeto y una eficaz abnegación que humanicen nuestro atormentado y malparado mundo. Y le ruego que inspire tales sentimientos a un creciente número de nuestros contemporáneos. ¡ Ojalá la humanidad escuche más el llamamiento que tanto conmovió a Henry Dunant: « Somos todos hermanos » !